

### **i#365. El Pueblo de los Golluts.**

**Miquel Parera.**

Mis padres, los humanos, convivieron con otras razas de homínidos: gorilas, neandertales, denisovanos... Pero lo que no saben es que, ocultos, también convivieron con otras razas del espacio.

Un robot metamórfico como yo tiene pocas oportunidades de hacer amigos. Las personas nos consideran herramientas, y los otros artificiales están muy ocupados. Así que pasar tiempo con una de las pocas amistades que se tienen, es un regalo. Y, Gregory Hill, antropólogo y viajero en el tiempo, era un buen amigo. Necesitaba ayuda, yo tenía tiempo libre y podía saltar en el tiempo (valga la rebuznancia :)

Gregory Hill vino a verme mientras realizaba una misión para la facilitación de la “máquina” en un planeta del sistema Spica. Después de conseguir la “máquina”, una fábrica personal y gratuita para obtener cualquier cosa, desde comida hasta naves espaciales, las civilizaciones pasan por unos años extremadamente hedonistas. Sin la necesidad de la subsistencia, se dedican a proporcionarse todos los placeres que sus brazos, tentáculos, fauces o bocas puedan proporcionarles. Así que me encontraba yo en una divertida orgía máquina-animal cuando apareció. Entre los fuertes gemidos, me pareció entender que debía investigar la desaparición de un pueblo en la Tierra. Por alguna razón que desconocía, necesitaba algo de protección o, al menos, si su teoría era cierta, podría necesitarla.

Nos duchamos y saltamos al doce de abril de 1889. Nos encontrábamos en la “Vall de Ribes”, en Cataluña, España. Un verde valle pirenaico rodeado de altas montañas nevadas, bosques profundos e iglesias románicas. Gregory Hill me explicó que en el bucólico pueblo de Ribes de Freser, cerca del castillo, habían vivido durante un tiempo unos enanos de extraño aspecto. Además de su pequeña talla y sus miembros deformes, tenían el un bocio exageradamente grande, casi como sapos. En la lengua de esa región, bocio se llama “goll”, así que les llamaban el pueblo de los “golluts”.

En esa época se practicaba una religión llamada cristianismo. En cada pueblo tenían un gran edificio y a un representante de dicho culto, al que se referían por cura o padre.

El padre de ese pueblo se había enamorado de una jovencita “golluda”, lo cual no tendría nada de malo si él no hubiese hecho voto de castidad, si ella no tuviese sólo doce años y, lo más importante, si ella no lo amase.

Si usted, lector u oyente, es humano, ya sabe lo que pasó después. El religioso violó a la pequeña. Al principio usando estrategias manipulación psicológica pero, al final, irremediablemente, usando toda la violencia que un hombre gordo y sedentario puede ejercer sobre una chiquita enana de menos de veinte kilos. En una confesión, cinco años después, cuando ya se encontraba moribundo en un hospital de leprosos, explicaría lo sucedido esa noche. En el cúlmén de su placer, lo que los humanos masculinos interpretan en la eyaculación, el cura sintió un terrible dolor, seguido de un terror de origen indescriptible. Cuando miró hacia abajo, a su víctima, en vez de a la inocente jovencita vio a una criatura con tentáculos en vez de boca,

alas en vez de brazos y la cabeza en forma de pentagrama invertido. Todo duró menos de un segundo, y la extrañeza e intensidad de la experiencia le hacían dudar de su veracidad, pero aquello tuvo dos consecuencias: en la misa del domingo siguiente el padre declaró, a los “golluts”, seres infrahumanos, e instó a los pueblerinos a echarlos. Además, el simpático cura adquirió una extraña enfermedad, que confundieron con la lepra, que le iba provocando necrosis, empezando por el pene, continuando por las extremidades hasta acabar definitivamente con él en cinco años.

Así que, a nuestra llegada, los “golluts” eran unos proscritos que sobrevivían, ocultos, en bosques y cuevas del valle. Nadie sabía de qué vivían o cómo se alimentaban. Multitud de leyendas alimentaban el miedo hacia ellos. Una en particular, de haber estado versados, los pueblerinos, en algo de estadística y de medicina, les hubiese hecho abandonar el valle de inmediato. Algunas viejas brujas sospechaban que las muertes de los niños, ocurridas sin explicación durante la noche, tenían algo que ver con los “golluts”. Pero la mayoría se autoconvencía de que, en esos tiempos, era normal que los niños muriesen repentinamente. Lloraban un poco y se ponían a fabricar más. Sin embargo, un análisis superficial de los hechos, reveló que la tasa de mortalidad infantil era muy superior a la media de la época y la zona. Tuve la oportunidad, además, de examinar cuatro cadáveres y a todos les faltaba la glándula tiroides. Se las habían extirpado sin dejar ningún tipo de incisión o prueba quirúrgica, casi como si hubiesen desaparecido.

Gregory Hill parecía tener una pista sobre la naturaleza de los “golluts”, ya que preguntaba, a todos los que entrevistábamos, sobre su relación con el agua. Quedó claro que el río Segadell, al que algunos llamaban el río negro, era el único donde se bañaban. Los niños del pueblo ni se acercaban a él. Algunas mujeres caminaban casi cuatro kilómetros para lavar la ropa en otro río. De hecho, el apodo de río negro era por sus aguas oscuras, que muchos decían, se teñían después de tocar los malsanos cuerpos de los apestados.

El molinero, muy aficionado al vino, nos explicó, en la taverna, después de media docena de copas, lo que vio una noche en uno de los depósitos de agua abandonados. En concreto éste era el que alimentaba la fuente de la Margarideta, la única en la que bebían nuestro objeto de estudio. Parece que se dirigía hacia su casa, en la hora en la que el sereno ya había apagado todas las luces y, cómo no, borracho como una cuba. Al llegar al depósito de la fuente la Margarideta, se apoyó en el único árbol que hundía sus raíces en él para aliviarse (no pregunté qué tipo de alivio ni lo quería saber) y miró hacia arriba. A un molinero alcohólico no se le supone mucho vocabulario, pero, al menos, sí unos cuantos colores. Pero no supo decirnos cuál fue el color de la luminiscencia que vio en el árbol. O si era uno sólo o muchos. Aseguraba que, además de tener luz propia, el vegetal bailaba una música inaudible sin que el más mínimo atisbo de viento moviese su ramas. Puede que, producto del “delirium tremens”, le pareciese ver un coro de “golluts” moviendo la boca, pero sin hacer ningún ruido. Ellos le cantaban al árbol sin palabras.

Llegados a este punto, Gregory Hill compartió sus sospechas conmigo y, de paso, la verdad sobre por qué me necesitaba. Él había leído en antiguos libros, cuyos nombres era mejor no pronunciar, fuera de las sucias catacumbas en las que se encontraban, sobre la existencia de

cierto ancestro cósmico. Anterior a todas las vidas y aficionado a ciertas hormonas, si éstas se guardaban en suficiente cantidad era capaz de olerlas e ir volando, a través del vacío, hacia dónde se encontraran. Tenía, además, la teoría, de que, de alguna forma, los “golluts” conocían cómo fabricar una máquina extractora de hormonas tiroideas, cuyas piezas eran, precisamente, glándulas humanas. La conclusión de aquellas dos teorías era realmente estrambótica, incluso para un robot que ha visitado millares de universos. Por si fuera poco, Gregory Hill pretendía demostrarlo todo aprovechándose de mi condición de metamórfico, raptando a un “gollut”, sustituyéndolo por mí y acudiendo al último día en que se les vió en la Tierra: el 23 de junio de 1889.

Informe especial para Gregory Hill, Antropólogo y viajero del tiempo:

Soy Jan, el “morrut gollut”, me llaman los altos. No recuerdo cuánto tiempo llevo aquí o si, realmente, nací en esta tierra. Tantos cambios físicos han acabado afectando mis recuerdos, aunque aún se que hay un hogar lejano, muy lejano, al que me gustaría regresar. Yo no soy yo, tal como los de aquí lo son. Soy nosotros como lo son las hormigas, que no trabajan para ellas, sino para todas o para la reina. Nuestra reina es la máquina, en la que llevamos años trabajando. De vez en cuando, ella necesita piezas blandas y tenemos que desmontar a los humanos pequeños, sacar su productores de bebida para él e instalarlos. Porque él es nuestra única esperanza de volver. Cuando tengamos suficiente líquido, el vendrá, nos acurrucará entre sus alas y nos llevará, a través del espacio y del tiempo, a nuestro hogar ancestral. Esta maldita tierra casi nos transforma en rosados encarnados. Si no hubiese sido por la semilla de Yujioght que trajimos y plantamos. Si no hubiese sido por su pura agua negra, ya no quedaría nada de nuestra gran raza.

Fin del informe #365.

---

Este cuento pertenece a la serie **Gonzo Robot**.

Puedes leer más en Amazon (buscando Gonzo Robot o en este enlace:

[https://www.amazon.es/dp/B07FW5ML4B/ref=cm\\_sw\\_r\\_cp\\_awdb\\_t1\\_5kEvCbWN4QQN6](https://www.amazon.es/dp/B07FW5ML4B/ref=cm_sw_r_cp_awdb_t1_5kEvCbWN4QQN6) )

Si te gustan las emociones fuertes, tienes otro informe de terror en el número 11 de la revista “Círculo de Lovecraft”:

<http://circulodelovecraft.blogspot.com/2019/01/circulo-de-lovecraft-n11.html?m=1>